

REVISTA LATINOAMERICANA DE ECOFEMINISMO, ESPIRITUALIDAD Y TEOLOGIA

CON-SPIRANDO



*vida religiosa:
un llamado a la
liminalidad*



VIDA RELIGIOSA: BASES PARA UN NUEVO COMIENZO

Joan Chittister*

La vida religiosa contemporánea se ha visto profundamente afectada por cuatro elementos comunes a todas las instituciones, como entidades sociológicas, en este momento de la historia. La *cultura* ha condicionado su forma; el *feminismo* ha centrado su discurso; la *inserción* en la sociedad ha difuminado su presencia; y la *inculturación* ha agudizado sus percepciones y ha diversificado sus expresiones. Como consecuencia, la vida religiosa ya no vive fuera del mundo real, como en el pasado, cuando respondía más a patrones medievales que a la teología contemporánea. Ahora, por el contrario, está tan

en algunos periodos de la historia, las congregaciones religiosas han revitalizado la cultura de su entorno; en otros, simplemente, han reflejado lo peor de la misma. Pero es preciso no olvidar que nunca se han liberado de ella

inmersa en el presente que puede quedar oscurecida en la sociedad actual, a no ser que se transforme más en un estímulo que en una sombra.

La vida religiosa ha decaído en todos los momentos de

cambio importantes de la historia: pero, al mismo tiempo, también ha resurgido en cada uno de dichos momentos. La dificultad estriba en elegir una de estas posibilidades en lugar de la otra. En épocas de cambio social significativo, algunas personas reaccionan aferrándose al pasado con más fuerza aún, y otras ignorándolo por completo. Nuestra época no ha sido diferente. Durante 25 años, las congregaciones religiosas han tenido que afrontar tanto rígidos conservadurismos como impetuosas revoluciones. Es importante recordar que esos cuatro elementos sociales ya mencionados —*la cultura, el femi-*

nismo, la inserción y la inculturación— han sido durante mucho tiempo factores sociológicos que han condicionado la eficacia y la orientación de la vida religiosa. El problema consiste en saber qué dimensiones de cada una de estas cuestiones afectan a la vida religiosa en el momento actual, qué conflictos y qué posibilidades proféticas ofrecen a la eficacia actual de la vida religiosa, qué necesidades humanas satisfacen y qué aspectos conducen al declive de la vida religiosa, mientras otros contienen semillas de futuro.

Cultura y vida religiosa

La relación entre cultura y vida religiosa es sumamente estrecha. A lo largo de todos los períodos de la historia, la vida religiosa ha sido una fuente de ilustración social, un centro de enseñanza y un ámbito de liberación personal, así como de crecimiento espiritual. En una etapa de la historia, la vida religiosa fue fundamentalmente un retiro para gente intensamente espiritual que sentía que el camino para una vida mejor consistía en la negación de la vida presente. En un período posterior se convirtió en un refugio para viudas piadosas. En otro momento acogió a miembros devotos de la realeza, hasta tal punto que, en el siglo XI, en muchos lugares la vida monástica era monopolio espiritual de la nobleza, por ser la

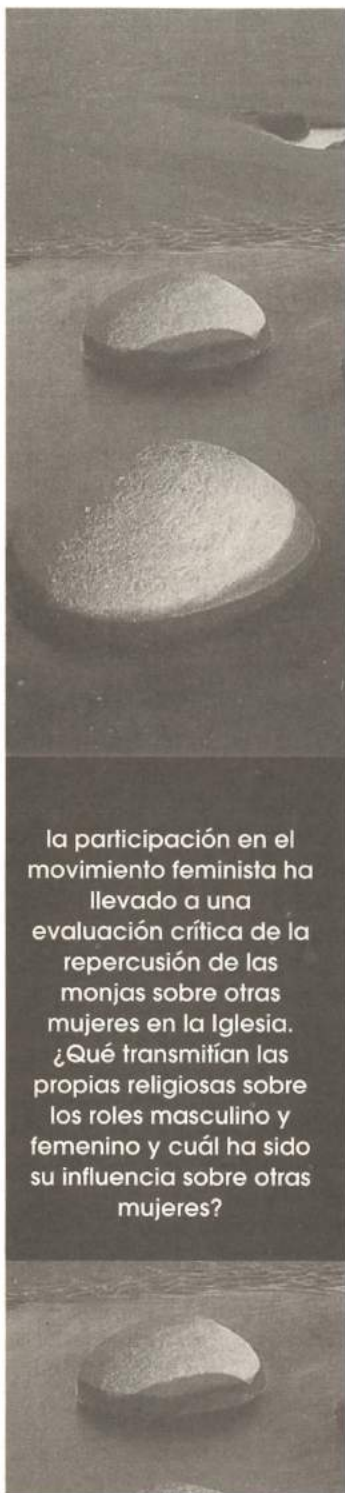
única que podía otorgar las dotes necesarias para mantener las comunidades. Sin embargo, más tarde aún, hasta bien entrado el siglo XX, la vida religiosa revivió de nuevo, en esta ocasión como centros de consagración para mujeres de todas las clases sociales. En ella, las mujeres encontraban la oportunidad de dedicarse a las grandes cuestiones de la vida y del desarrollo humano superando el ámbito de que habrían dispuesto dentro de los confines del matrimonio, tal como estaba estructurado. La mayoría de las mujeres de entonces, e incluso de ahora en muchas partes del mundo, se dieron cuenta de que, como mujeres, se verían relegadas a los márgenes del sistema universitario masculino, si es que se les permitía acceder a él, y excluidas casi por completo de las profesiones y los puestos públicos, de la reflexión sobre las grandes cuestiones de la vida y del colectivo de pensadores que forjaban los sistemas y definían las leyes. La vida religiosa, y sólo la vida religiosa, garantizaba a la mujer un grado real de autonomía interna y de expresión personal, por limitado que fuera.

Evidentemente, la vida religiosa siempre ha reflejado las realidades sociales del mundo circundante y ha respondido a ellas, incluso en los períodos en que ha parecido más decidida a apartarse de las ocupaciones y preocupaciones del resto de la sociedad.

La vida religiosa, más que un simple estado de metódica búsqueda espiritual, brota del terreno que la rodea. En algunos períodos de la historia, las congregaciones religiosas han revitalizado la cultura de su entorno; en otros, simplemente, han reflejado lo peor de la misma. Pero es preciso no olvidar que nunca se han liberado de ella.

No resulta, pues, sorprendente que en la cultura contemporánea la vida religiosa sea un reflejo de los mismos problemas que afectan al conjunto de la sociedad. Cuestiones como la independencia, el consumismo, el individualismo, la comunidad, la satisfacción personal, la sexualidad, la moralidad pública y la vida espiritual son conceptos claves hoy en las congregaciones religiosas, al igual que en la sociedad en general. Una sociedad consciente de la dimensión cultural de la vida religiosa no puede aceptar, como sucedía en el pasado, que la respuesta espiritual a las corrientes sociales de la época consista en una serie de fórmulas, prescripciones, reglas, horarios, superiores, y en la represión de las actividades humanas.

* Joan Chittister, monja y ex-abadesa benedictina, ha sido la presidenta de la Conferencia Norteamericana de Superiores Religiosas por muchos años. Es autora de numerosos libros y artículos sobre temas de espiritualidad, vida religiosa y compromiso por la paz y la justicia social. Este artículo está tomado de su libro, *El fuego en estas cenizas: espiritualidad de la vida religiosa hoy* (Santander: Editorial Sal Terrae, 1998)



la participación en el movimiento feminista ha llevado a una evaluación crítica de la repercusión de las monjas sobre otras mujeres en la Iglesia. ¿Qué transmitían las propias religiosas sobre los roles masculino y femenino y cuál ha sido su influencia sobre otras mujeres?

La elección entre el declive y la renovación de las comunidades religiosas en un momento de importantes cambios culturales depende del acierto que dichas comunidades tengan a la hora de identificar los valores perdidos y las principales necesidades de una cultura y sacarlos a la luz para que sean objeto de reflexión y susciten una respuesta. El peligro de la renovación reside en que las congregaciones religiosas reflejen la cultura pero no logren desafiarla.

El feminismo

La cultura, no obstante, no es el único factor que determina la configuración del significado de la vida religiosa contemporánea, puesto que también el feminismo ha encontrado un lugar en ella. No es primera vez que el papel de las mujeres y sus problemas han hallado un medio de expresión en la vida religiosa, porque puede que nuestras antepasadas no fueran “feministas” en el sentido político de la palabra, pero, sin duda alguna, eran mujeres en busca de su propia humanidad.

Durante más de mil quinientos años, las comunidades de mujeres han sido independientes de las organizaciones religiosas masculinas, han gobernado sus propias instituciones, han llevado a cabo sus propias obras y han proyectado, gestionado y financiado sus propias empresas. Hablar del surgimiento de la

conciencia femenina sin hacer referencia al ascenso o el declive de las congregaciones religiosas integradas por mujeres supone perder la riqueza de su aportación a la historia, una plétora de modelos de mujer y todo un tesoro de logros femeninos. La hagiografía, el folklore y los archivos de las congregaciones religiosas están llenos de historias de mujeres resueltas que desafiaron y vencieron a obispos, se enfrentaron y reprendieron a papas y lucharon contra las normas sociales y las corrigieron. Y, sobre todo, la vida religiosa femenina ha sido muy importante en la educación de otras mujeres.

En primer lugar, las mujeres se fueron solas al desierto cuando no se les permitía hacer nada de manera independiente. Después, formaron sus propios grupos auto-regulados cuando las mujeres no tenían ningún derecho legal en la sociedad. Más tarde, se dedicaron a la educación y la atención de aquellos/as por los/as que la sociedad masculina no tenía ningún interés ni preocupación ni intención de proporcionarles recursos públicos. Trabajaron por la incorporación física y la dignidad psicológica de las mujeres en general.

Lo único que, en el pasado, las religiosas no hicieron por las mujeres como tales, se ha convertido en la preocupación feminista de las religiosas del presente, que se han identificado con las luchas de las mu-

jeros en todas partes, incluida la Iglesia. Se han hecho más conscientes de la propia conciencia feminista, en lugar de ser simplemente conscientes de las necesidades de las mujeres. Han percibido la opresión que el sistema ejerce sobre las mujeres y se han comprometido en la transformación estructural de la sociedad. Han hecho suya la cuestión de la plenitud espiritual de las mujeres en una Iglesia controlada por hombres. En otras palabras, ha sido dentro de la propia institución donde las religiosas han sometido a escrutinio, por nuevas vías feministas, la secular postura de la propia institución respecto de las mujeres.

Este escrutinio ha adoptado múltiples formas, tanto públicas como internas, y se ha convertido en una cuestión candente. En sus pronunciamientos oficiales, la Iglesia institucional dice —al menos implícitamente— que no necesita ser sometida a ningún escrutinio. Pero las mujeres, a la luz de una lectura alternativa del Evangelio, insisten en la necesidad. La situación está al rojo vivo. Y forma parte también de la respuesta actual a la cuestión de la dimensión profética de la vida religiosa.

Las comunidades religiosas han dado cauce institucional al movimiento en pro de un lenguaje universal en la liturgia y en los documentos eclesiales, a la formación de las mujeres como predicadoras de la Palabra y a la cuestión

de la ordenación de la mujer. Y, lo que quizá sea aún más importante, las comunidades religiosas se han convertido en muchos casos, a efectos prácticos, en centros de espiritualidad para las feministas cristianas de todas las confesiones. El impacto de todas estas acciones radica menos en las actividades que generan que en las dudas que suscitan, tanto dentro como fuera de la institución.

Por una parte, su implicación en el movimiento feminista ha suscitado una preocupación entre religiosas acerca del valor real de las mujeres en la Iglesia, a pesar de toda una vida de servicio y de compromiso dentro de las normas establecidas. Por otra parte, la protesta de las religiosas respecto del papel de las mujeres en la Iglesia afecta a la estructura organizativa de la misma. En algunos casos, el movimiento feminista ha provocado una cierta tensión en las propias congregaciones femeninas, entre quienes consideran estas cuestiones peligrosas para la fe y quienes no ven ningún peligro. Finalmente, la participación en el movimiento feminista ha llevado a una evaluación crítica de la repercusión de las monjas sobre otras mujeres en la Iglesia. ¿Qué transmitían las propias religiosas sobre los roles masculino y femenino y cuál ha sido su influencia sobre otras mujeres?

Esta es, pues, la diferencia entre la dedicación a las muje-

res de las congregaciones religiosas de épocas pasadas y el feminismo de ésta. Por primera vez como grupo, las religiosas han empezado a cuestionar la teología misma en la que se han basado los pasados modelos de feminidad. Las propias religiosas están teniendo que cuestionar su papel en la sumisión de otras mujeres. Las religiosas están empezando a examinar sus propias acciones actuales en su intento de negarse a participar en la perpetuación de un sistema internamente incoherente que predica una definición de la igualdad de la mujer pero establece otra.

Inserción e identidad

El tema de la identidad en la vida religiosa contemporánea se encuentra sin duda alguna en uno de los niveles más profundos y críticos de la historia de la Iglesia. Durante siglos, el compromiso religioso implicó un alto grado de desinterés por los asuntos del mundo. El dualismo, como conflicto entre las dimensiones espiritual y material de la vida, arrojó sospechas sobre todo lo que no estuviese directamente relacionado con la vida espiritual. El jansenismo, el razonamiento teológico que hace del propio apartamiento del mundo la característica espiritual distintiva del modo de vida religioso, enraizó la vida religiosa en un rígido molde, muy distante de los nuevos patrones de vida de una sociedad urbana e in-

dustrial. Para el siglo XIX ya se había logrado: la vida religiosa se había convertido en una cultura dentro de otra.

La separación de una subcultura del conjunto de una sociedad es un proceso relativamente simple: títulos, símbolos, uniformes y muros han servido siempre para que alcanzasen este fin toda una serie de grupos fuera de los



Las religiosas empezaron a ver que ya no eran necesarias como mano de obra en la Iglesia. Se necesitaba que fueran lo que nacieron para ser: una voz espiritual, un signo contracultural, una presencia profética en la cultura



confines de las congregaciones religiosas de la Iglesia. Las estructuras proporcionan mística, misterio y cohesión al grupo. Por otra parte, no indican necesariamente la importancia social del mismo. Es posible ser diferente en una sociedad sin ser importante para la misma.

Por otro lado, un grupo sin identidad no es tal. El principio sociológico básico de que las personas se agrupan para realizar juntas lo que no es posible hacer en solitario resulta particularmente pertinente en lo que respecta a los/as religiosos/as. La vida religiosa, después de todo, es una "institu-

ción total". Mujeres y hombres se entregan por entero a ella un día tras otro y todos los días de su vida, sin ninguna otra cosa por la que luchar, sin ningún otro lugar al que llamar hogar y sin ninguna otra persona con la que compartir su vida. La pregunta es ¿por qué? Y la respuesta: para ser en el mundo el tipo de presencia contemplativa que manifiesta

y requiere el reino de Dios; para colaborar en hacer del mundo el tipo de creación que Dios quiere que sea. La identidad del grupo, en otras palabras, es tanto social

e institucional como personal. El grupo mismo debe tener una razón para existir, una identidad dentro de la sociedad, un límite entre sí mismo y los demás que sea permeable pero profético.

Al final, después de más de un siglo de papeles bien delimitados, de identidad institucional y de reconocimiento oficial en la subcultura católica, las religiosas se convirtieron en funcionarios invisibles. Las religiosas, confrontadas a las implicaciones sociales de una cultura pluralista y enfrentadas a las grandes cuestiones de identidad planteadas por el feminismo, la

vida religiosa y la Iglesia, empezaron a ver que ya no eran necesarias como mano de obra en la Iglesia. Se necesitaba que fueran lo que nacieron para ser: una voz espiritual, un signo contracultural, una presencia profética en la cultura. La cuestión era para qué y cómo. Porque si algo estaba claro era que ya no eran necesarias donde lo habían sido antes de la gran integración de los católicos en la corriente dominante de la cultura. Pero lo que no estaba en absoluto claro era la cuestión de la idiosincrasia católica y su misión religiosa. La propia inculturación se convirtió en un problema primordial para la vida religiosa.

La inculturación

Con un pie en cada generación, las religiosas habían llevado a cabo transformaciones superficiales en su atuendo y su modo de vida que democratizaban su posición entre la población, pero aún quedaban por hacer cambios en las prioridades y en su presencia para que ello fuera visible. Habían modificado su modo de vida, pero no habían dejado claro, quizá ni siquiera ante sí mismas, el propósito social, el mandato teológico, la razón moral fundamental para hacerlo. Muchas órdenes "permiten" a sus miembros emprender nuevos ministerios por su propio interés personal. Pero suele ser otra cuestión si apoyan o no esos ministerios por

el bien de los pobres y por la integridad de sus carismas. Por ejemplo, pocas órdenes se identifican realmente como tales con las principales cuestiones de la época —el desarme nuclear, los problemas de las mujeres, la ecología o la pobreza estructural— del mismo modo que en el pasado se identificaron abiertamente con la educación, la atención sanitaria y los inmigrantes católicos. Muchas órdenes tienen unos cuantos miembros en cada área haciendo una labor profética, pero sólo algunas congregaciones intervienen públicamente como grupos en los temas específicos de hoy, como lo hicieron en otro tiempo, a costa de grandes esfuerzos, en la educación de los inmigrantes o en la atención a los abandonados.

Sin embargo, la inculturación, por sí misma, no hace sino desvalorizar al grupo, que se encuentra a sí mismo tan parecido a los demás grupos sociales que se vuelve igual a cualquiera de ellos, sin un propósito definido ni una razón obvia para existir. La inculturación es el proceso de adopción de las características de una cultura a fin de añadirle algo de valor, no para ser asimilados por ella. El peligro de la inculturación sin objetivos es que la vida religiosa se vuelva demasiado insípida como para que nadie la necesite. La inculturación es la responsabilidad de celebrar lo verdaderamente positivo y asumir las auténticas cargas de un

lugar a fin de ser convertidos por todo ello y, de este modo, hacerles a los demás más evidente lo uno y más llevadero lo otro.

Por lo tanto, la cuestión del valor de la vida religiosa en la sociedad contemporánea sólo puede ser respondida examinando las cualidades que las religiosas de hoy reflejan en la sociedad moderna a la luz de los retos de la cultura en la que viven, del modelo femenino que presentan, de la naturaleza profética de sus obras y de la calidad de su presencia en la sociedad. Lo que las religiosas pongan de relieve en sus propias vidas en el momento actual de la historia tendrá implicaciones en la vida religiosa de las generaciones venideras. Los pobres del mundo y el propio planeta necesitan una vida religiosa que aúne la audacia en la denuncia y las buenas obras.

Educar a las mujeres, pero no proporcionarles un espacio de igualdad social donde su educación puede tener sentido; sanarlas, pero dejarlas sin la totalidad de sus posibilidades humanas; enseñar que las mujeres son plenamente humanas, y después negarles la mayoría de edad espiritual es burlarse de la teología de la encarnación, del bautismo, de la gracia y de la misma redención. Sin un compromiso con

el feminismo, la Iglesia no puede ser digna de crédito en esta época. La consagración pública, que en otro tiempo era en sí misma una postura profética, ya no basta. Las órdenes religiosas deben demostrar este compromiso con el desarrollo de las mujeres de un modo real: por medio de unas estructuras igualitarias, una liturgia inclusiva, un estilo

Las órdenes religiosas deben demostrar este compromiso con el desarrollo de las mujeres de un modo real: por medio de unas estructuras igualitarias, una liturgia inclusiva, un estilo de vida independiente y unos ministerios que no sólo sirvan a los oprimidos, sino que se opongan a la opresión

de vida independiente y unos ministerios que no sólo sirvan a los oprimidos, sino que se opongan a la opresión.

Catherine de Hueck Doherty escribió en cierta ocasión; “No me habría gustado vivir sin haber inquietado alguna vez a alguien”. La cuestión no es si debe existir la vida religiosa, sino si la vida religiosa inquieta lo suficiente en nuestra época como para satisfacer la enorme necesidad que el mundo tiene de ella. La verdadera cuestión es si queda aún suficiente fuego en estas cenizas para suscitar la energía necesaria a fin de hacer auténtica la vida religiosa. ☐